

28

Viejas Postales

Descoloridas

Pais nob/34

LA PLAZA DE LA CATEDRAL

Por FEDERICO VILLOCH

MUCHAS personas se sienten regocijadas porque están "arreglando" la Plaza de la Catedral, a fin de que los turistas yanquis, que son los únicos que nos visitan, se distraigan curioseándola y fotografiándola a su gusto. Distintos operarios, dirigidos por expertos escenógrafos, colocan aquí una verja; levantan allí un muro; derriban acá una tapia; aseguran allá una columna, y remiendan, pintan y retocan por todos lados puertas, balcones y paredes, corriéndose el riesgo de que con todo ese barniz de postiza antigüedad pierda al cabo la Plaza de la Catedral su pátina y su noble y severo aspecto de otros siglos; llegando a parecerse, si a mano viene, a otras plazas de la ciudad recientemente levantadas al uso "colonial" de moda. Todavía, hará poco más de treinta años, la Plaza de la Catedral era más antigua que al presente. En la gran casona que mira frente a la iglesia, que fué propiedad de los Condes de Bayona, se hallaba instalado el "Colegio de Escribanos de la Habana", al que acudían en gran número los agentes, procuradores y abogados que iban a recoger en aquellas oficinas los autos y providencias recaídos en sus respectivos negocios; y eso mantenía como es consiguiente, desde la una hasta las cinco de la tarde un movimiento constante en la Plaza, de transeúntes y carruajes, haciendo resaltar este auge de vida, por contraste y con mayor fuerza, si cabe, la vetustez de aquellos portales y edificios que alrededor se levantaban. Uno, que es hoy la residencia del doctor Ricardo Dolz, había pertenecido al Conde de Lom-billo; el otro edificio contiguo a este y que parece ser una prolongación del mismo, fué propiedad del Conde de Arcos, y en él vivió el que fué alcalde de la Habana durante la primera intervención americana, el doctor Gener, allá por el 1899; en la parte del edificio que da a la calle de Mercaderes, hallábase instalado a principios del siglo XIX el "Liceo de la Habana." Contiguo al palacio del Conde de Fernandina que tenía entrada por la Plaza y por Mercaderes; y separados de él por un callejón sin nombre hallábanse el Correo y la Tesorería General de la Colonia. Siguiendo la vuelta de la Plaza, la casa del Conde de Bayona; después los que se llamaban "Baños de Irizari" y entrada del Acueducto; al

lado de éstos, dos palacios, uno del Conde de Villanueva y el otro del Marqués de Aguas Claras, en cuyos portales hasta hace poco se llevaban a cabo unos remates de quincalla y sedería que eran muy populares y concurridos. El dinámico y caprichoso Carlos Miguel los suprimió cuando fué Secretario de Obras Públicas, "robándole" a la Plaza una de sus más antiguas y pintorrestas notas de color. Y en la esquina próxima de Empedrado levantábase por aquel entonces la casa solariega de los Condes de San Fernando, hoy oficinas de la razón social Mestre y Machado. Como se ve, era una señora plaza con todas las de la ley y noble por los "cuatro costados." Había que verla un domingo al terminarse la misa de doce. Los quitrines reluciendo al sol sus finos charoles y delicados barnices; piafando los fogosos caballos de las más escogidas razas y tascando sus frenos de plata; los caleseros con sus altas polainas de becerro y sus punzantes espuelas; las negras vendedoras de frutas yendo y viniendo, la canasta apoyada en la amplia cadera, al son de sus cadenciosos pregones; las mamás y las niñas descendiendo el atrio con sus menudos pasitos en sus miriñaques de vivos colores; los caballeros enfundados en sus casacas de ajustada cintura y alto cuello, rígidos en sus corbatines de tres vueltas "a lo Martínez de la Rosa"; y por todas partes "misuama", "su mercé" y "señora", "caballero"... Respeto; cortesía...

A principios del siglo XVIII la Catedral no existía. Lo que había allí era el oratorio de San Ignacio que se fué ampliando con las necesidades del culto hasta convertirse en la Iglesia Parroquial. Mide 55 metros de N. a S. y 34 de O. a E. y en cuanto a lo artístico tiene poco de notable. Dentro sí posee algunos retablos dignos de citarse: son notables el altar mayor, el coro y el túmulo levantado a la memoria de Cristóbal Colón, cuyas cenizas fueron trasladadas a la Península al darse por terminada en Cuba la soberanía española. Los últimos "Te-Deum" de importancia histórica cantados en ella, fueron el

que se celebró con motivo de la declaración de la República de Cuba y el que tuvo por objeto dar gracias a Dios por la terminación de la asoladora gran guerra del año 14 que conmovió al mundo entero. Está pendiente otro... y quiera Dios que tenga lugar lo más pronto posible, para bien de todos. Se conserva una vieja postal descolorida de una fiesta que los próceres y magnates de la Colonia acostumbraban celebrar todos los años a fines del siglo XVIII y principios del XIX, en el atrio de la Catedral, para dar gracias al Altísimo, a la

2

vista del pueblo, por los beneficios que le había durante ese tiempo concedido a la ciudad; figuran entre otros en ese grupo el Conde de Santovenia; el Marqués de Casa Calderón; el Conde de Bayona; el Conde de Jaruco; el Marqués de Aguasclaras, etc., etc., todos de la más rancia nobleza habanera. Cirilo Villaverde cita en una de sus novelas el pasaje de un condenado que sufrió pena de azotes frente a la Catedral. En el zaguán de la casona de los Escribanos también se llevaban a cabo ventas de esclavos.

Andando el tiempo gran casona del Colegio de Escribanos a que nos hemos referido fué ocupada por el periódico "La Discusión", del que era propietario el doctor Manuel María Coronado. La gran época del periódico "La Discusión" que rivalizaba con "La Lucha" de Antonio San Miguel en tirada, popularidad e importancia política. Figuraban en su redacción firmas tan prestigiosas como las de Antonio Escobar; Héctor de Saavedra con sus "Ecos y Notas"; Manuel Castellanos; Enrique Trujillo, y el fácil e infatigable Acevedo. La animación que hasta entonces había gozado la plaza con el Colegio de Escribanos, sólo de una a cinco de la tarde se prorrogó hasta horas avanzadas de la noche con el ir y venir de los redactores del periódico; y también con las reuniones que se llevaban a cabo en la gran sala alta del edificio entre significados miembros de la política reinante; un gran rectángulo de luz caía sobre el terreno de la plaza próximo a la fachada de la casona; y aquella se llenaba del misterio de los secretos conciliábulos que allí se celebraban; era durante el gobierno de José Miguel tan dado a cábulas e íntimos consejos de correligionarios... Más adelante Tomás Juliá adquirió la propiedad de "La Discusión", y al dejarse de publicar el periódico conservó la nobiliaria mansión convertida en un variado e interesante museo de retratos, revistas y documentos de indiscutible interés nacional. Durante la época de "La Discusión", las sonoras campanas de la Catedral regulaban las horas de trabajo de los redactores: la campana mayor que desde hacía tiempo estaba rajada y sonaba como "un caldero viejo", fué descolgada de su soporte, y ello proporcionó a los callejeros por algunos días un animado espectáculo.

La Plaza de la Catedral ha conservado siempre un atractivo de misterio y leyenda. Hay allí un callejón sin salida, el del "Chorro", que recuerda los pasadizos del Madrid Viejo, el de San Ginés, entre otros. En la esquina izquierda de la Catedral, por Empeдрado, existe actualmente un bar, aspecto taberna española antigua, a donde por las noches acude la bohemia artística y revolucionaria que le da también mucho carácter al sitio. La Plaza es de lo poco que nos queda de la Habana colonial. Los turistas se encantan oyendo las historias que de aquel sitio les cuentan y les inventan los intérpretes y cicerones. La Catedral tiene también su historia trágica. Una mañana, cuentan las crónicas, a principios del pasado siglo terminada la misa mayor, al descender la ancha escalera del atrio y en medio de una nutrida concurrencia, fué apuñalado un hijo del Conde de San Fernando por el padre o hermano, que eso nunca se especificó, de una doncella burlada por la víctima. Aún se oían las voces del coro acompañadas por los últimos vigorosos acordes del órgano después del "Ik-misae": un verdadero final de ópera.

¡La Plaza de la Catedral! Sí; hace treinta años era más antigua que ahora. Hoy, con las restauraciones que en ella se llevan a cabo, recuerda las acotaciones de un melodrama de capa y espada. "Acto primero: decoración a todo foro representando una gran plaza del tiempo antiguo. A derecha e izquierda del espectador, fachadas de unos grandes palacios nobiliarios. Al foro, frente de una catedral. Trastos y accesorios que dan idea de una plaza del siglo XVII."

Pad, nov 6/34

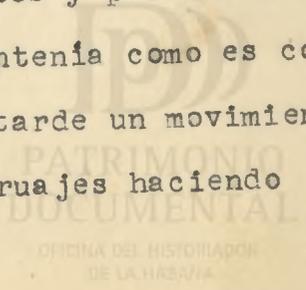


VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA PLAZA DE LA CATEDRAL

Por Federico Villoch.

Muchas personas se sienten regocijadas porque están "arre-
glando" la Plaza de la Catedral, a fin de que los turistas yan-
quis, que son los únicos que nos visitan se distraigan curio-
seándola y fotografiándola a su gusto. Distintos operarios, di-
rigidos por expertos escenógrafos, colocan aquí una verja; le-
vantán allí un muro; derriban acá una tapia; aseguran allá una
columna, y remiendan, pintan y retocan por todos lados puertas,
balcones y paredes, corriéndose el riesgo de que con todo ese
barniz de postiza antigüedad pierda al cabo la Plaza de la Ca-
tedral su pátina y su noble y severo aspecto de otros siglos;
llegando a parecerse, si a mano viene, a otras plazas de la
ciudad recientemente levantadas al uso "colonial" de moda. To-
davía, hará poco más de treinta años, la Plaza de la Catedral
era más antigua que al presente. En la gran casona que mira
frente a la iglesia, que fué propiedad de los Condes de Bayona,
se hallaba instalado el "Colegio de Escribanos de La Habana", al
que acudían en gran número los agentes, procuradores y abogados
que iban a recoger en aquellas oficinas los autos y providencias
recaídos en sus respectivos negocios; y eso mantenía como es con-
siguiente, desde la una hasta las cinco de la tarde un movimien-
to constante en la Plaza, de transeúntes y carruajes haciendo



resaltar este auge de vida, por contraste y con mayor fuerza, si cabe, la vetustez de aquellos portales y edificios que alrededor se levantaban. Uno, que es hoy la residencia del doctor Ricardo Dolz, había pertenecido al Conde de Lombillo; el otro edificio contiguo a este y que parece ser una prolongación del mismo, fué propiedad del Conde de Arcos, y en él vivió el que fué alcalde de La Habana durante la primera intervención americana, el doctor Gener, allá por el 1899; en la parte del edificio que da a la calle de Mercaderes, hallábase instalado a principios del siglo XIX el "Liceo de la Habana". Contiguo al palacio del Conde Arcos levantábase el del Conde de Fernandina que tenía entrada por la Plaza y por Mercaderes; y separados de él por un callejón sin nombre hallábanse el Correo y la Tesorería General de la Colonia. Siguiendo la vuelta de la Plaza, la casa del Conde de Bayona; después los que se llamaban "Baños de Irizarri" y entrada del Acueducto; al lado de éstos, dos palacios, uno del Conde de Villanueva y el otro del Marqués de Aguas Claras, en cuyos portales hasta hace poco se llevaban a cabo unos remates de quincalla y sedería que eran muy populares y concurridos. El dinámico y caprichoso Carlos Miguel los suprimió cuando fué Secretario de Obras Públicas, "robándole" a la Plaza una de sus más antiguas y pintorescas notas de color. Y en la esquina, próxima de Empedrado levantábase por aquel entonces la casa solariega de los Condes de San Fernando, hoy oficinas de la razón social Mestre y Machado. Como se ve, era una señora plaza con todas las de la ley y noble por los "cuatro costados". Había que verla un domingo al terminarse la misa de doce. Los

quitrines reluciendo al sol sus finos charoles y delicados barnices; piafando los fogosos caballos de las más escogidas razas y tascando sus frenos de plata; los caleseros con sus altas polainas de becero y sus punzantes espuelas; las negras vendedoras de frutas yendo y viniendo, la canasta apoyada en la amplia cadera, al son de sus cadenciosos pregones; las mamás y las niñas descendiendo el atrio con sus menudos pasitos en sus miriñaques de vivos colores; los caballeros enfundados en sus casaconas de ajstada cintura y alto cuello, rígidos en sus corbatines de tres vueltas "a lo Martínez de la Rosa"; y por todas partes "misuama", "su mercé" y "señoras", "caballero"... Respeto; cortesía...

A principios del siglo XVIII la Catedral no existía. Lo que había allí era el oratorio de San Ignacio que se fué ampliando con las necesidades del culto hasta convertirse en la Iglesia Parroquial. Mide 55 metros de N. a S. y 34 de O. a E. y en cuanto a lo artístico tiene poco de notable. Dentro de sí posee algunos retablos dignos de citarse: son notables el altar mayor, el coro y el túmulo levantado a la memoria de Cristóbal Colón, cuyas cenizas fueron trasladadas a la Península al darse por terminada en Cuba la soberanía española. Los últimos "Te-Deum" de importancia histórica cantados en ella fueron el que se celebró con motivo de la inauguración de la República de Cuba y el que tuvo por objeto dar gracias a Dios por la terminación de la asoladora gran guerra del año 14 que conmovió al mundo entero. Está pendiente otro... y quiera Dios que tenga lugar lo más pronto posible, para bien de todos. Se conserva una vie-

ja postal descolorida de una fiesta que los próceres y magnates de la Colonia acostumbraban celebrar todos los años, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, en el atrio de la Catedral, para dar gracias al Altísimo, a la vista del pueblo, por los beneficios que le había durante ese tiempo concedido a la ciudad; figuran entre otros en ese grupo el Conde de Santovenia; el Marqués de Casa Calderón; el Conde de Bayona; el Conde de Jaruco; el Marqués de Aguasclaras, etc., etc, todos de la más rancia nobleza habanera. Cirilo Villaverde cita en una de sus novelas el pasaje de un condenado que sufrió pena de azotes frente a la Catedral. En el zaguán de la casona de los Escribanos también se llevaban a cabo ventas de esclavos.

Andando el tiempo, la gran casona del Colegio de Escribanos a que nos hemos referido fué ocupada por el periódico "La Discusión", del que era propietario el doctor Manuel María Coronado. La gran época del periódico "La Discusión" que rivalizaba con "La Lucha" de Antonio San Miguel en tirada, popularidad e importancia política. Figuraban en su redacción firmas tan prestigiosas como las de Antonio Escobar; Héctor de Saavedra con sus "Ecos y Notas"; Manuel Castellanos; Enrique Trujillo, y el fácil e infatigable Acevedo. La animación que hasta entonces había gozado la plaza con el Colegio de Escribanos, sólo de una a cinco de la tarde, se prorrogó hasta horas avanzadas de la noche con el ir y venir de los redactores del periódico; y también con las reuniones que se llevaban a cabo en la gran sala alta del edificio entre significados miembros de la política reinante; un gran rectángulo de luz caía sobre el terreno de la plaza próximo a la

fachada de la casona; y aquélla se llenaba del misterio de los secretos conciliábulos que allí se celebraban; era durante el gobierno de José Miguel tan dado a cábulas e íntimos consejos de correligionarios... Más adelante Tomás Juliá adquirió la propiedad de "La Discusión", y al dejarse de publicar el periódico conservó la nobiliaria mansión convertida en un variado e interesante museo de retratos, revistas y documentos de indiscutible interés nacional. Durante la época de "La Discusión", las sonoras campanas de la Catedral regulaban las horas de trabajo de los redactores: la campana mayor, que desde hacía tiempo estaba rajada y sonaba como "un caldero viejo", fué descolgada de su soporte, y ello proporcionó a los callejeros por algunos días un animado espectáculo.

La Plaza de la Catedral ha conservado siempre un atractivo de misterio y leyenda. Hay allí un callejón sin salida, el del "Chorro", que recuerda los pasadizos del Madrid Viejo, el de San Ginés, entre otros. En la esquina izquierda de la Catedral, por Empedrado, existe actualmente un bar, aspecto taberna española antigua, a donde por las noches acude la bohemia artística y revolucionaria que le da también mucho carácter al sitio. La Plaza es de lo poco que nos queda de La Habana colonial. Los turistas se encantan oyendo las historias que de aquel sitio les cuentan y les inventan los intérpretes y cicerones. La Catedral tiene también su historia trágica. Una mañana, cuentan las crónicas a principios del pasado siglo terminada la misa mayor, al descender la ancha escalera del atrio y en medio de una nutrida concurrencia, fué apuñalado un hijo del Conde de San Fernando

por el padre o hermano, que eso nunca se especificó, de una doncella burlada por la víctima. Aún se oían las voces del coro acompañadas por los últimos vigorosos acordes del órgano, después del "Ik-misae": un verdadero final de ópera.

¡La Plaza de la Catedral! Sí; hace treinta años era más antigua que ahora. Hoy, con las restauraciones que en ella se llevan a cabo, recuerda las acotaciones de un melodrama de capa y espada. "Acto primero: decoración a todo foro representando una gran plaza del tiempo antiguo. A derecha e izquierda del espectador, fachadas de unos grandes palacios nobiliarios. Al foro, frente de una catedral. Trastos y accesorios que dan idea de una plaza del siglo XVII".

El País, La Habana, noviembre 6, 1934.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

LA PLAZA DE LA CATEDRAL

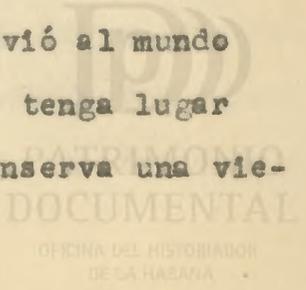
Por Federico Villoch.

Muchas personas se sienten regocijadas porque están "arreglando" la Plaza de la Catedral, a fin de que los turistas yanquis, que son los únicos que nos visitan se distraigan curioseándola y fotografiándola a su gusto. Distintos operarios, dirigidos por expertos escenógrafos, colocan aquí una verja; levantan allí un muro; derriban acá una tapia; aseguran allá una columna, y remiendan, pintan y retocan por todos lados puertas, balcones y paredes, corriéndose el riesgo de que con todo ese barniz de postiza antigüedad pierda al cabo la Plaza de la Catedral su pátina y su noble y severo aspecto de otros siglos; llegando a parecerse, si a mano viene, a otras plazas de la ciudad recientemente levantadas al uso "colonial" de moda. Todavía, hará poco más de treinta años, la Plaza de la Catedral era más antigua que al presente. En la gran casona que mira frente a la iglesia, que fué propiedad de los Condes de Bayona, se hallaba instalado el "Colegio de Escribanos de La Habana", al que acudían en gran número los agentes, procuradores y abogados que iban a recoger en aquellas oficinas los autos y providencias recaídos en sus respectivos negocios; y eso mantenía como es consiguiente, desde la una hasta las cinco de la tarde un movimiento constante en la Plaza, de transeúntes y carruajes haciendo

resaltar este auge de vida, por contraste y con mayor fuerza, si cabe, la vetustez de aquellos portales y edificios que alrededor se levantaban. Uno, que es hoy la residencia del doctor Ricardo Dolz, había pertenecido al Conde de Lombillo; el otro edificio contiguo a este y que parece ser una prolongación del mismo, fué propiedad del Conde de Arcos, y en él vivió el que fué alcalde de La Habana durante la primera intervención americana, el doctor Gener, allá por el 1899; en la parte del edificio que da a la calle de Mercaderes, hallábase instalado a principios del siglo XIX el "Liceo de la Habana". Contiguo al palacio del Conde Arcos levantábase el del Conde de Fernandina que tenía entrada por la Plaza y por Mercaderes; y separados de él por un callejón sin nombre hallábanse el Correo y la Tesorería General de la Colonia. Siguiendo la vuelta de la Plaza, la casa del Conde de Bayona; después los que se llamaban "Baños de Irizarri" y entrada del Acueducto; al lado de éstos, dos palacios, uno del Conde de Villanueva y el otro del Marqués de Aguas Claras, en cuyos portales hasta hace poco se llevaban a cabo unos remates de quincalla y sedería que eran muy populares y concurridos. El dinámico y caprichoso Carlos Miguel los suprimió cuando fué Secretario de Obras Públicas, "robándole" a la Plaza una de sus más antiguas y pintorescas notas de color. Y en la esquina, próxima de Empedrado levantábase por aquel entonces la casa solariega de los Condes de San Fernando, hoy oficinas de la razón social Mestre y Machado. Como se ve, era una señora plaza con todas las de la ley y noble por los "cuatro costados". Había que verla un domingo al terminarse la misa de doce. Los

quitrines reluciendo al sol sus finos charoles y delicados barnices; piafando los fogosos caballos de las más escogidas razas y tascando sus frenos de plata; los caleseros con sus altas polainas de becero y sus punzantes espuelas; las negras vendedoras de frutas yendo y viniendo, la canasta apoyada en la amplia cadera, el son de sus cadenciosos pregones; las mamás y las niñas descendiendo el atrio con sus menudos pasitos en sus miriñaques de vivos colores; los caballeros enfundados en sus casaconas de ajstada cintura y alto cuello, rígidos en sus corbatines de tres vueltas "a lo Martínez de la Rosa"; y por todas partes "misuama", "su mercé" y "señoras", "caballero"... Respeto; cortesía...

A principios del siglo XVIII la Catedral no existía. Lo que había allí era el oratorio de San Ignacio que se fué ampliando con las necesidades del culto hasta convertirse en la Iglesia Parroquial. Mide 55 metros de N. a S. y 34 de O. a E. y en cuanto a lo artístico tiene poco de notable. Dentro de sí posee algunos retablos dignos de citarse: son notables el altar mayor, el coro y el túmulo levantado a la memoria de Cristóbal Colón, cuyas cenizas fueron trasladadas a la Península al darse por terminada en Cuba la soberanía española. Los últimos "Te-Deum" de importancia histórica cantados en ella fueron el que se celebró con motivo de la inauguración de la República de Cuba y el que tuvo por objeto dar gracias a Dios por la terminación de la asoladora gran guerra del año 14 que conmovió al mundo entero. Está pendiente otro... y quiera Dios que tenga lugar lo más pronto posible, para bien de todos. Se conserva una vie-

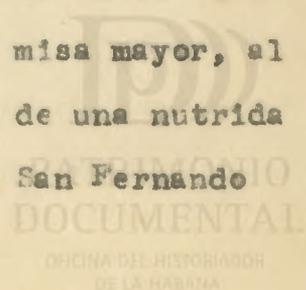


ja postal descolorida de una fiesta que los próceres y magnates de la Colonia acostumbraban celebrar todos los años, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, en el atrio de la Catedral, para dar gracias al Altísimo, a la vista del pueblo, por los beneficios que le había durante ese tiempo concedido a la ciudad; figuran entre otros en ese grupo el Conde de Santovenia; el Marqués de Casa Calderón; el Conde de Bayona; el Conde de Jaruco; el Marqués de Aguasclaras, etc., etc, todos de la más rancia nobleza habanera. Cirilo Villaverde cita en una de sus novelas el pasaje de un condenado que sufrió pena de azotes frente a la Catedral. En el zaguán de la casona de los Escribanos también se llevaban a cabo ventas de esclavos.

Andando el tiempo, la gran casona del Colegio de Escribanos a que nos hemos referido fué ocupada por el periódico "La Discusión", del que era propietario el doctor Manuel María Coronado. La gran época del periódico "La Discusión" que rivalizaba con "La Lucha" de Antonio San Miguel en tirada, popularidad e importancia política. Figuraban en su redacción firmas tan prestigiosas como las de Antonio Escobar; Héctor de Saavedra con sus "Ecos y Notas"; Manuel Castellanos; Enrique Trujillo, y el fácil e infatigable Acevedo. La animación que hasta entonces había gozado la plaza con el Colegio de Escribanos, sólo de una a cinco de la tarde, se prorrogó hasta horas avanzadas de la noche con el ir y venir de los redactores del periódico; y también con las reuniones que se llevaban a cabo en la gran sala alta del edificio entre significados miembros de la política reinante; un gran rectángulo de luz caía sobre el terreno de la plaza próximo a la

fachada de la casona; y aquélla se llenaba del misterio de los secretos conciliábulos que allí se celebraban; era durante el gobierno de José Miguel tan dado a cábulas e íntimos consejillos de correligionarios... Más adelante Tomás Juliá adquirió la propiedad de "La Discusión", y al dejarse de publicar el periódico conservó la nobiliaria mansión convertida en un variado e interesante museo de retratos, revistas y documentos de indiscutible interés nacional. Durante la época de "La Discusión", las sonoras campanas de la Catedral regulaban las horas de trabajo de los redactores: la campana mayor, que desde hacía tiempo estaba rajada y sonaba como "un caldero viejo", fué descolgada de su soporte, y ello proporcionó a los callejeros por algunos días un animado espectáculo.

La Plaza de la Catedral ha conservado siempre un atractivo de misterio y leyenda. Hay allí un callejón sin salida, el del "Chorro", que recuerda los pasadizos del Madrid Viejo, el de San Ginés, entre otros. En la esquina izquierda de la Catedral, por Empedrado, existe actualmente un bar, aspecto taberna española antigua, a donde por las noches acude la bohemia artística y revolucionaria que le da también mucho carácter al sitio. La Plaza es de lo poco que nos queda de La Habana colonial. Los turistas se encantan oyendo las historias que de aquel sitio les cuentan y les inventan los intérpretes y cicerones. La Catedral tiene también su historia trágica. Una mañana, cuentan las crónicas a principios del pasado siglo terminada la misa mayor, al descender la ancha escalera del atrio y en medio de una nutrida concurrencia, fué apuñalado un hijo del Conde de San Fernando



por el padre o hermano, que eso nunca se especificó, de una doncella burlada por la víctima. Aún se oían las voces del coro acompañadas por los últimos vigorosos acordes del órgano, después del "Ik-misae": un verdadero final de ópera.

¡La Plaza de la Catedral! Sí; hace treinta años era más antigua que ahora. Hoy, con las restauraciones que en ella se llevan a cabo, recuerda las acotaciones de un melodrama de capa y espada. "Acto primero: decoración a todo foro representando una gran plaza del tiempo antiguo. A derecha e izquierda del espectador, fachadas de unos grandes palacios nobiliarios. Al foro, frente de una catedral. Trastos y accesorios que dan idea de una plaza del siglo XVII".

El País, La Habana, noviembre 6, 1934.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA